

Prólogo (a la edición española)

Marina Subirats

Se pregunta María Antonia García de León qué ocurrirá con nosotras, científicas sociales y feministas, cuando hayamos muerto. Pues bien, hace unos meses tuve la evidencia de lo que puede ocurrir; o mejor dicho, lo que ya está ocurriendo, incluso cuando seguimos intensamente vivas.

La Generalitat de Catalunya organizó una exposición de fotografías para recordar las elecciones de 1977. Para algunas, 1977 es un año remoto, lejano, casi aquella prehistoria en la que no habían nacido. Para muchas, entre las que me encuentro, 1977 es apenas ayer, un año inolvidable porque fue vivido día a día, disfrutado cada hora, podría decir. Un año en que nuestras esperanzas se convirtieron en algo más que quimeras, y que empezaron a materializarse de mil maneras, todas abiertas y felices y prometedoras de un país mucho mejor.

Hombres y mujeres habíamos peleado con todas nuestras fuerzas para ello. No todos los hombres ni todas las mujeres, por supuesto, pero sí muchas y muchos, sobre todo jóvenes. Y quienes habíamos peleado habíamos pagado también precios muy altos, aunque desiguales, no en función del esfuerzo sino del azar: hubo quien estuvo en la cárcel, quien fue objeto de tortura; hubo quien hizo huelga y pasó hambre, y quien sólo pasó miedo y angustia. Precios

que había que pagar y se pagaron sin regatear; precios que pagaron muchos hombres y también muchas mujeres.

Pues bien, treinta años después esto se rememora y ¿qué ocurre? Mi sorpresa fue descubrir que en las fotos emblemáticas de 1977 no aparecían mujeres. Apenas la Pasionaria, pequeña y olvidada en un rincón. Y sí mujeres manifestándose, en las calles, ante las fábricas; mujeres sin nombre, simplemente mujeres. Muchas. Pero en las mesas donde se empezaban a sentar los futuros políticos de la democracia, aquellos que empezaban a tener un nombre propio que perduró, ninguna. Cuando alguien que haya nacido después de 1975 vea estas fotos, sabrá que no hubo mujeres luchando por la democracia. Y ello no será un prejuicio, sino una simple constatación, dado que aquí están los testimonios gráficos para comprobarlo.

Así que aún no hemos muerto, pero ya hemos sido borradas de la historia.

Y en consecuencia: siempre creí que no había habido mujeres —o sólo unas poquísimas excepciones— más allá de sus cocinas o de sus aulas de primaria, en el mejor de los casos, porque los datos objetivos así lo confirmaban. Casi me parecía lógico: en épocas de penuria las mujeres no pueden dedicarse a trabajos que trasciendan su presente agobiado. *Primum vivere*, en una lógica aplastante que ha sido la nuestra. Hasta que yo, que sí estuve, con muchísimas otras, más allá de mi cocina y aun de mi aula, me di cuenta de que también había sido ya borrada de los testimonios gráficos de algunos de los escenarios más decisivos de mi vida. De nuestra vida colectiva. Nos estaba sucediendo lo que a nuestras predecesoras, y en el futuro alguien demostrará que no estuvimos, y todos los indicios le darán la razón.

Por eso es fundamental lo que nos ha señalado insistentemente a lo largo del tiempo María Antonia García de León, lo que nos sigue diciendo en este libro, con una urgencia renovada: somos responsables de construir nuestra memoria, porque nadie la construirá por nosotras. Antes al contrario, nuestra vida quedó escrita sobre una arena tan fina que la primera ola diluye nuestras huellas, por más que

creamos que seremos imborrables. Acierta María Antonia cuando nos recuerda que la memoria se construye desde el poder, y quien no tiene poder tiene pocas posibilidades de quedar inscrita en la historia colectiva. Cuando nos recuerda que las mujeres españolas seguimos teniendo muy escaso poder, y tenemos que aprovechar estas leves briznas para ensancharlo y acrecentarlo, para consolidarlo. Consolidación que sólo puede venir de una ruptura de este movimiento natural, de esta especie de ley de hierro, consistente en que, sin que nadie se lo proponga abiertamente, las mujeres seamos sistemáticamente borradas de la cultura y la memoria colectiva. Sólo la normalización de la presencia y la influencia de las mujeres en la vida pública y la documentación sobre esta presencia y sus consecuencias puede ir construyendo una base sólida para que cada generación de mujeres no tenga que empezar desde cero, creyendo que es la primera que pudo salir de su cocina y reinventar otro perfil de mujer.

Y en este sentido, es evidente que las científicas sociales tenemos una responsabilidad especial. De hecho, fuimos nosotras, en gran medida, las que impulsamos inicialmente muchos de los cambios que empezaron a producirse en los setenta: las investigadoras, las historiadoras, las profesoras, fuimos algunas de las primeras mujeres en tener pequeños espacios, físicos y mentales, para poder pensar, actuar, poner en cuestión, nuestros campos de actividad y, a través de ellos, la sociedad entera y el trato que nos daba a las mujeres. Hemos sido a la vez actrices y cronistas de los cambios; accedemos, por profesión, a la creación de los registros colectivos, a la creación del relato del presente y del pasado; y en la fase actual, necesitamos también cambiar los formatos de estos registros y de estos relatos, para de una vez dar cabida en ellos a lo que nosotras, nuestras predecesoras y nuestras sucesoras somos, queremos y construimos.

Este libro nos habla de todas estas cuestiones, y permite, en cierto modo, detectar los objetivos y a la vez las debilidades a las que, una vez más, las científicas sociales debemos enfrentarnos, como parte de nuestro compromiso feminista pero también de nuestro compromiso

profesional. Nos habla de las dificultades para ser admitidas, para ser reconocidas, para tener trayectorias académicas normales, no diferentes de las que puedan tener nuestros compañeros varones. De las dificultades de las que fueron pioneras y de las dificultades de la segunda generación, debidas, aparentemente, a causas diferentes, pero marcadas por los mismos estigmas vinculados a la pertenencia al segundo sexo.

Todo eso sigue ahí, y hay que seguir recordándolo, pero ya no es suficiente. Ya la queja, la denuncia de injusticia, suena a canción del pasado, a pesar de que siga expresando una gran verdad. Porque, a pesar de todo, ya estamos en el mundo público, en las universidades, en la investigación, produciendo conocimiento. Evidentemente, no en la proporción justa, ni en los rangos adecuados, y la progresión no está asegurada, como se muestra también empíricamente en este libro. Pero hemos aprendido que la queja es una mala estrategia, es la estrategia de la debilidad, y que mostrando la justeza y la fuerza intrínseca de sus planteamientos es como un grupo humano discriminado consigue superar su situación, consigue convertir su causa en universal, no por un movimiento de solidaridad y simpatía por las posiciones débiles, sino por el interés general de lo que aporta. Por supuesto, para conseguirlo se necesitan unas determinadas condiciones, aunque sean mínimas; pero una vez obtenidas, basta de quejas: hay que aprender a nadar en mar abierto, sin pedir privilegios ni reductos protegidos que siempre acaban revelándose como una trampa mortal.

Así, en la narración de las científicas sociales, sobre todo cuando se nos invita a hablar de nuestra trayectoria, de nuestro pasado, hay todavía mucho del lamento sobre la lógica de los techos de cristal y sobre la dureza a la que hubo que enfrentarse, pero queda claro que los retos del presente son otros. Y lo son para todas, pioneras y jóvenes. Porque, como señala García de León, nada asegura la continuidad de las mujeres en la vida pública, nada asegura la permanencia de los logros alcanzados. Nada asegura que alguien nos recuerde; y no recordarnos no sólo representa una negación personal,

sino que implica, sobre todo, destruir el camino andado y tener que recomenzarlo. Y convertir en inútil tanto esfuerzo. Es hora, por lo tanto, de preparar la memoria, la continuidad, los puentes hacia el futuro. Afán legítimo aunque sea por deseo de trascendencia personal, tan aceptada como natural para los hombres, tan importante como motor de la acción de muchos, tan difícil aún de ser reconocida como legítima para las mujeres.

Y es también necesidad colectiva, para que las mujeres que lleguen más tarde puedan inscribirse en un proyecto de largo alcance, partan de referencias que les permitan ir más lejos, y no estén obligadas, como nos sucedió a nosotras, a descubrirlo todo solas, tanteando, partiendo casi de cero.

Estoy convencida de que las mujeres que nos hemos dedicado a las sociales haremos aún este esfuerzo de construcción de nuestra memoria, porque no queremos arriesgarnos a que se pierda nuestro esfuerzo. Y lo haremos de muchas maneras, porque no existe un único camino, sino disyuntivas que siguen abiertas y seguirán estándolo mientras se trate de un proyecto vivo. ¿Transversalidad de los discursos de género, del punto de vista de las mujeres, o espacios específicos para construir estos discursos, estos puntos de vista? ¿Concentración en el conocimiento de las condiciones en que viven las mujeres o comprensión de las condiciones generales de una sociedad, que rigen también aquellas en que se inscribe la vida de las mujeres? Ambas cosas, por supuesto, con acentos variables en cada momento. Pero sobre todo, cambio de los parámetros de las sociales, para que no sólo se trate de incluir información sobre las mujeres o sobre sus actividades en la sociedad, sino de analizar la sociedad desde una mirada global, que no olvide los aspectos de lo que sea en cada momento trabajo de las mujeres, interés de las mujeres. ¿Cuánto tiempo costará todavía darse cuenta de que las luchas entre pueblos, núcleo durante milenios de la historia oficial, no es probablemente más que uno de los aspectos más tristes y más destructivos de la historia humana? ¿No es sino la crónica de nuestra parte más brutal, menos humana? ¿Nada de lo que enorgullecerse, sino tal vez lo

primero que habría que olvidar o recordar tan sólo como ejemplo de lo que fue nefasto y hay que evitar que sea repetido?

Soy bastante optimista respecto a las posibilidades de rehacer la cultura, el concepto mismo de lo que es cultura, desde nuestra mirada de mujeres, si trabajamos bien y no nos perdemos en rivalidades internas. Es evidente que cada disciplina tiene su historia y sus oportunidades; tal vez las historiadoras, actuando en un campo más construido y estructurado que otros, tengan mayores dificultades, aunque a la vez puedan establecer más claramente sus objetivos. Desde el campo que mejor conozco, el de la sociología, creo que hemos conseguido incorporar al análisis de la vida colectiva aspectos que antes no merecían consideración, como por ejemplo todo el tema del trabajo reproductivo, su existencia misma y su realización. Hoy es impensable que una investigación sobre trabajo o sobre formas de vida no incluya datos sobre la división sexual del trabajo, su evolución y su estado actual; en los setenta, estos datos ni siquiera existían, porque este aspecto de la vida parecía totalmente irrelevante. Esta temática ha sido incorporada por las sociólogas; hoy forma parte del conjunto de la problemática sociológica, y ningún sociólogo se atrevería a negarlo. No es suficiente, pero sí un comienzo, lo que muestra que la reestructuración de nuestras disciplinas es posible, aunque sólo sea porque los cambios en la vida de las mujeres están produciendo cambios de fondo en la vida colectiva, cambios que ya ningún discurso científico puede ignorar. Pero hay que recordar a las mujeres que hicieron los esfuerzos teóricos y políticos necesarios para que todo ello pudiera avanzar.

También hay debilidades, peligros, que en este libro quedan apuntados con claridad: el mayor, a mi juicio, la tendencia a la crítica generalizada, a dar mayor relieve a lo que nos separa que lo que nos une. No se trata de algo específico de las científicas sociales, sino de la universidad española o por lo menos de las sociales, sean practicadas por mujeres o varones: nos falta el gusto por la filiación, por el reconocimiento de lo que otros y otras crearon antes de nosotros; nos cuesta inscribirnos en una línea intelectual ya existente y tendemos a

querer crear en el vacío; en las mujeres, esto todavía parece agravarse, porque los campos en que pueden afirmarse son aún más limitados, más precarios. Algunos de los testimonios de las científicas sociales jóvenes ya apuntan hacia una negación de las pioneras, un leve fastidio: bueno, sí, tuvieron que luchar, pusieron las bases, pero eran flojitas. «Marujas», las denomina una de ellas. La descalificación por delante, la falta de perspectiva del tiempo y las circunstancias en que cada palabra pudo ser dicha. El conflicto entre las tendencias, las modas, los matices. Crecer sobre la destrucción de lo anterior, de la otra, en lugar de crecer construyendo a partir de su trabajo. Olvidando, por otra parte, que estamos jugándonos algo mucho más importante: que efectivamente el silencio se instale y nos borre a todas, con nuestros aciertos y nuestros errores, con nuestros descubrimientos y nuestros prejuicios.

Porque a pesar de lo que nos gusta creer, nuestra palabra aún no se inscribe en la piedra, que sólo el poderoso logra grabar sin esfuerzo. Nuestra palabra de mujeres, y de mujeres científicas sociales, es todavía un leve signo en la arena que hasta el ala de un pájaro puede borrar, que es borrada sin designio especial, simplemente porque está a la intemperie. Y sólo si conseguimos poner tanto empeño en perdurar como lo pusimos en cambiar nuestro destino, tendremos la certeza de legar a las nuevas generaciones nuestros textos, nuestras rupturas, nuestros mensajes y nuestros hallazgos, para que ellas puedan seguir avanzando por los caminos que hemos ido encontrando.

Toca, pues, construir colectivamente nuestra memoria de mujeres y de científicas sociales, y hay que felicitar y secundar a todas aquellas que, como las autoras de esta investigación de base y de este libro, están ya manos a la obra, para que nada de lo que hicimos haya sido en vano.

MARINA SUBIRATS